

te—americano. Por otra parte, demuestra una vez más que es un escritor épico (quizá por ello le ha sido de tanta utilidad el “telón” de la historia; también por ello, pensamos, uno duda de que su obra sea valiosa exclusivamente por razones estéticas). Ha sido épico en todas sus novelas: en *Los cortejos del diablo*, la actividad de la Inquisición en Cartagena en la Colonia (y el carácter inquisitorial de toda “Iglesia”); en *El magnicidio*, las veleidades de un experimento político revolucionario, vistas desde el asesinato de su líder Manuel del Cristo, en un “país tropical” (ubicación ya de por sí bastante alusiva); en *La tejedora de coronas*, el surgimiento del espíritu científico occidental durante el Siglo de las Luces y, nuevamente, la Inquisición, siempre sin perder de vista a Cartagena y estas tierras como núcleo argumental gracias a su protagonista Genoveva Alcocer; en *El signo del pez*, el sentido de la predicación paulina en su tiempo y para la historia cristiana en general.

En *Sinfonía desde el nuevo mundo* se desarrolla, como si se tratara de un auténtico ejercicio de Espinosa con su propia obra, una historia con ribetes de apoteosis épica. Esa apoteosis comienza, paradójicamente, con la derrota de Napoleón en Waterloo, vista a través de los ojos de Victorien Fontenier, capitán del ejército del emperador, quien, dentro de una tipología netamente decimonónica, es ese inconforme revolucionario que no acepta después la capitulación de Bonaparte. Como difícilmente podría cumplir con ese destino-tipo permaneciendo en Francia, una casualidad familiar permite que, sin abandonar su fiebre napoleónica, se embarque para América en plan comercial provisional y ya con veladas inquietudes bolivarianas (estamos en 1815, lo cual posibilita la coincidencia con la época de exilio de Bolívar y su preparación para volver a entrar en la campaña definitiva, en la que debe estar presente, por supuesto, Fontenier). Fontenier llega a Jamaica y, enterado de que las armas que trae como mercancía llevan como destino el apoyo al colonialismo inglés en Haití, decide darles otro rumbo a su barco y a las armas: ir en defensa de los cartageneros, a quienes intenta

sitiar Pablo Morillo durante el período de la “pacificación” española; llega demasiado tarde y es hecho prisionero, con armas y todo, por Morillo; rescatado por el ambicioso francés Aury, es llevado a Haití, donde se reúnen los belicosos —entre sí— patriotas que se realistan para volver a la lucha. Allí está Bolívar, a quien ya había conocido Fontenier en Jamaica. Allí renace la veneración bolivariana del protagonista —rescodo de veneración napoleónica— y la apoteosis épica estará vinculada entonces a esa veneración: Fontenier es el elegido para salvarle la vida en dos ocasiones a Bolívar (como quien dice, uno de esos héroes épicos sin los cuales no puede concebirse el triunfo de la empresa colectiva): Fontenier le salva la vida a Bolívar, primero, cuando éste, en la fantasía de Espinosa, va a suicidarse en Ocumare, al verse abandonado por los patriotas —que siguen a Bermúdez y Mariño— y cercado por los realistas; Fontenier llega en el momento justo: “Sin pensarlo dos veces, de la chaqueta de paño azul con vueltas rojas extrajo una pistola y la acercó a su sien derecha. El tacto del frío metal era como un preludeo de ultratumba. Entonces oyó la voz de Fontenier: —¡General, general, sígame! Bolívar guardó el arma y fue tras él”; más adelante, Bermúdez intenta matar al impopular Bolívar, causa, según Bermúdez, de todos los males de los patriotas, pero Fontenier se interpone para ocultar el cuerpo del Libertador y la bala disparada por Bermúdez hiere en el hombro al francés, quien así se convierte en apoteósico protagonista de una campaña épica cuyo desenlace —si lo tiene— ya conocemos.

“Fantasía pura”, ha dicho Espinosa para eludir por anticipado esa crítica necia que descalifica la “novela histórica” que comete “inexactitudes históricas”. Por encima de la fantasía, pienso, está la novela bien construida y previsiblemente lúdica con los datos históricos. Construcción sinfónica impecable: “Allegro ma non troppo” —ma non americana— que es el rápido encadenamiento de hechos que conduce al apasionado Fontenier a Jamaica (movimiento europeo, incluso en lo relativo a Jamaica, vivida por europeos); “Andante con brio”, movi-

miento de grandes masas de ejércitos combatientes, realistas, patriotas, criollos y patriotas europeos; “Scherzo assai vivace”, en el que el protagonista son los sucesos, que son demasiado apremiantes como para que los hombres puedan decidir libremente; ya hemos mencionado el “Finale senza conclusioni”, que nos muestra a un Fontenier ya metamorfoseado en americano, gracias a su matrimonio con una llanera, cuyo padrino es el León de Apure. La metamorfosis es lo más previsible, la visión resulta siendo americana.

OSCAR TORRES DUQUE



De lo real-histórico a lo real-literario

Sinfonía desde el nuevo mundo
Germán Espinosa
Planeta, Bogotá, 1990, 157 págs.

Germán Espinosa (Cartagena, 1938) bien puede ser considerado como el

más importante y consistente novelista colombiano en las generaciones posteriores al *boom*. Este lúcido y erudito escritor ha asumido como pocos el difícil reto de recrear y desarrollar un aliento novelístico que supere definitivamente una herencia provinciana, telúrica y "realista", sin caer por ello en un compulsivo "estar a la moda", que conlleva una sospechosa, por frívola e inauténtica, popularidad.

Sorprende en Espinosa, autor de novelas tan significativas como *La tejedora de coronas*, *Los cortejos del diablo* y *El signo del pez*, la amplitud y multilateralidad de sus referencias históricas y geográficas, tanto como literarias y culturales, que le confieren un amplio ámbito a su obra de ficción. "Como hijo de estas tierras — escribe en su libro ensayístico *La liebre y la luna*— no puedo menos que solazarme afirmando mi universalidad en el espacio y el tiempo".

Esta universalidad en la concepción y los referentes de sus textos va acompañada de un decidido designio experimental, en lo que a la estructura y la escritura de ellos se refiere. Autor plenamente moderno, Espinosa ha asimilado la mejor lección de muchos de los hitos de la gran novelística de los siglos XVIII, XIX y XX. Con ello, ha mostrado capacidad polifacética en las soluciones estructurales y estilísticas de sus diversos libros. En ocasiones, su prosa es capaz de desarrollar un lirismo notable, en una escritura de caracteres barroquistas, que antes que simple desmesura y adorno gratuito constituye una de las experiencias literarias más fascinantes en el ámbito de las letras hispanoamericanas, en el último decenio.

La tejedora de coronas, su opus magna, escribe César Valencia Solanilla, es una "novela total [...] al mismo tiempo novela de ficción, histórica, barroca, de personaje, decimonónica, gótica, moderna, de lenguaje, ensayo filosófico, demostración científica, historia de las ideas, confrontación política y humanística, narrativa del amor y la soledad, fábula, leyenda, mito", considerándola "la más importante, significativa y lograda novela colombiana de

los últimos veinte años de un autor diferente de García Márquez".

En un "Epílogo necesario", que forma parte de *Sinfonía desde el nuevo mundo*, el autor cartagenero reivindica para esta última obra su carácter de obra de ficción, con "un trasfondo histórico", para diferenciarla, en especial de la "historiografía novelada", género éste que exigiría una "fidelidad minuciosa a los hechos reales". Allí se hallaría prisionera para Espinosa la última y publicitada novela de nuestro premio Nobel: *El general en su laberinto*. En este mismo género, anotaríamos de pasada, ha incursionado característicamente en nuestro medio Germán Arciniegas.

Germán Espinosa ha desarrollado un género de ficción singular, de gran interés no sólo para la literatura, sino para las ciencias sociales. Nuestro autor parece poner en cuestión, en novelas como *La tejedora de coronas*, *El signo del pez* y *Sinfonía desde el nuevo mundo*, cierta separación, tradicionalmente aceptada, entre la



verdad fáctica y documental del mundo "histórico" y el carácter "imaginario" de la obra de ficción. En las novelas aludidas, personajes puramente literarios, vívidos y verosímiles, se vinculan activamente al plexo de causalidades que conforman la trama última de los hechos históricos.

El novelista imbrica casi inextricablemente las dimensiones de lo real-histórico y lo real-literario, creando un universo propio y autónomo en el cual varios de sus habitantes más conspicuos son seres, según lo confiesa el escritor, "existentes en el ámbito estricto de mi imaginación". Así sucede específicamente con Victorien Fontenier, Auguste y Odile Fauchard —personajes éstos de estirpe balzaciana—, Archibald Gibson y Nathanael Wibby, Marie Antoinette y María Antonia, personajes destacados en *Sinfonía desde el nuevo mundo*.

La "Tejedora de coronas", Geneveva Alcocer, bella, apasionada y lúcida mujer cartagenera, creada por la fértil imaginación de Espinosa, invierte el sentido de la cadena de determinaciones que nos ha asignado tradicionalmente el papel de objetos, antes que de sujetos de la historia universal. Geneveva, nacida hacia 1680, quien culmina una vida casi centenaria, participa activamente en algunos de los procesos históricos más relevantes del mundo de las metrópolis y las colonias, en el siglo XVIII. Al lado de Voltaire, en un comienzo, y luego con su propio halo y personalidad, forma parte del movimiento ilustrado de la época, en especial como miembro destacado de la masonería, una institución casi restringida a los hombres. La infatigable cartagenera conocerá de cerca a Jorge Washington y ayudará a impulsar el movimiento social y político que culminará en la declaración de independencia de lo que serán los Estados Unidos de Norteamérica. Participará, así mismo, de modo conspirativo en su ancianidad, en la creación de los círculos criollos que serán un fermento de la independencia neogranadina. Por su parte, Aspátala, inteligente y apasionada hetaira griega, también personaje literario, interviene decisivamente en muchos de los atavares y en la dirección decisiva de la

actividad misionera de Pablo de Tarso, en la novela *El signo del pez*. A este último personaje histórico-religioso le es conferido el papel decisivo en la creación del cristianismo, conduciéndonos a la sorprendente y audaz postulación de la identidad física entre Jesús y Pablo. En *Sinfonía desde el nuevo mundo*, Victorien Fontenier, el atractivo personaje central de la novela, jacobino y luego capitán del ejército napoleónico, viajará de modo contingente al Caribe en ebullición, en 1815. De este modo, une su vida y su destino a la de un ambicioso general caraqueño, Simón Bolívar, que para entonces no se diferencia claramente de sus pares, en el maremágnum de rivalidades e intrigas, que constituye el segundo decenio del siglo XIX, en Venezuela y la Nueva Granada.

En la circunstancia biográfica, histórica y literaria que cambiará para siempre el destino de este joven e impulsivo oficial francés, parece concretarse la idea de un "encuentro" y un mutuo desubrimiento e influencia entre Europa y América, antes que la de una determinación externa y unilateral sobre la historia americana, por la expansión económica, política y cultural de las metrópolis. Fontenier ha alimentado su imaginario político y con ello muchos de sus odios, sueños y proyectos, en el ambiente febril, soñador y excesivo de la Revolución Francesa y del período napoleónico. Concibe en Simón Bolívar una encarnación de su ideal libertario, republicano y romántico. Su encuentro con el caudillo hispanoamericano le confiere un sentido y una continuidad a su vida y sus ideales, comprometidos decisivamente desde la derrota de Waterloo, episodio histórico con el cual se inicia significativamente esta novela. Por lo demás, en su veloz huida de esta batalla decisiva, Fontenier observa fugazmente al emperador en retirada, guiño del autor, a través de la historia, a un gigante de la novela decimonónica: Stendhal, en *La cartuja de Parma*.

A su vez, Fontenier salvará por dos veces la vida de Simón Bolívar, objeto de la envidia y la rivalidad de muchos de sus contemporáneos. Al final, América, el Caribe, el llano (sus paisajes, sus mujeres, su magia) embru-

jarán y atraerán (presumiblemente para siempre) a este oficial galo, que unirá su destino al de gentes y países apenas en formación, indómitos, soñadores, caóticos, permitiendo así un ensanchamiento de su propia existencia y de los proyectos que la sustentan. Seguir en Francia, tras la derrota de Napoleón, hubiese implicado su matrimonio en regla con la señorita Odile Fauchard, para formar parte de la filistea y calculadora burguesía que ascenderá en el período de la Restauración.



Sinfonía desde el nuevo mundo ocupa un lugar singular en la producción de Germán Espinosa. Concebida como una novela que, a su vez, se constituye en el argumento de una futura producción cinematográfica, se sucede en este libro una interpenetración de dos géneros artísticos, lo cual le confiere un carácter en cierto modo experimental y hasta cierto punto inédito. Con todo, es necesario señalar que, desde el punto de vista de las expectativas del lector de literatura, la obra traiciona la premura de su elaboración y denota carencias estructurales y cierto incabamiento en la construcción de algunos de sus personajes.

Encabalgada entre la novela histórica y de aventuras y un argumento para una obra fílmica, esta obra, en palabras de su autor, "quedó cautiva, desde un comienzo, de los conceptos de imagen y de diálogo". Construida en cuatro partes (que evocan la estructura de una obra sinfónica), *Sinfonía desde el nuevo mundo* se halla constituida sobre la base de secuencias-capítulos, concebidos sobre un plano

temporal de tipo lineal. Se anudan, de este modo, diversas historias que convergirán en el Haití de Pétion, en torno a la figura central de Simón Bolívar. Bien puede señalarse que la dimensión cinematográfica de la novela potencia una de las cualidades más relevantes de la obra de Germán Espinosa. Es el desarrollo del género de "aventuras", esa forma literaria que ha sido cantera inagotable de versiones cinematográficas, el cual Espinosa ha reivindicado en otras de sus novelas, sin establecer una artificial separación entre géneros "cultos" y "populares". Puede haber en esta actitud, también, un deseo de delimitarse contra los excesos experimentalistas de un tipo de novela que pareció hallar en la difuminación de toda anécdota y en la opacidad del texto literario una condición de su calidad y carácter contemporáneos.

Pese a ello, queda al lector la impresión de la existencia de personajes, de atmósferas, de situaciones, a veces esquemáticos e insuficientemente desarrollados. El esquematismo de algunas escenas-capítulos es, por otra parte, reconocido por su autor, cuando llama al lector, en un desacostumbrado aunque pertinente Epílogo, a desdoblarse en el espectador de una obra que habrá de desarrollar, en el cine, necesariamente otro lenguaje y medios expresivos. Pero, pese a ello, quien haya conocido y gustado algunas de las obras anteriores de Germán Espinosa puede deplorar que un tema, un escenario y unos personajes tan atractivos como los elegidos en este texto no hayan sido trabajados y desarrollados literariamente como el autor podría hacerlo. En especial, la figura de Bolívar aparece más en su función político-militar que en su dimensión humana, existencial, subjetiva, como si la proyección mítica del personaje inhibiese al creador para recrear, con la libertad propia de la obra de ficción, la personalidad, los sueños y las frustraciones del futuro Libertador.

Podría pensarse tal vez, al tenor de las consideraciones anteriores, que en el caso de la obra aquí comentada se nos hace una propuesta que no se agota en esta versión novelada, sino que forma parte de un proyecto artís-

tico plural, que sólo podemos juzgar en su integridad cuando conozcamos su versión fílmica, presumiblemente dirigida por uno de los más veteranos y experimentados directores de cine en el país: Francisco Norden. Podría ser que, cumplida esta segunda asimilación de la obra, las carencias estructurales y psicológicas de la versión literaria se mostraran como la consecuencia obligada de su incompletitud, al buscar hacer complementarios e interfecundantes dos géneros artísticos decisivos de nuestra época: la novela y el cine.

JAIME EDUARDO JARAMILLO J.



Vagones de carcajadas

De cómo divertirse sin reproducirse
 Juan José Saavedra
 Feriva Editores, Cali, 1989, 191 págs.

“Hay que resucitar las lenguas con sonoras risas, con vagones de carca-

jadas, con cortocircuitos en las frases y cataclismos en la gramática”, dice don Vicente Huidobro.

Y sin cataclismos en la gramática, pero acaso con todo lo demás, Juan José Saavedra (JJS), ilustre mamagallista nacional, reincide en el tema de las relaciones de pareja. Antes fue *De cómo ser feliz aun estando casado*; ahora es *De cómo divertirse sin reproducirse*. Dos quimeras. Pero JJS ofrece algunas recetas domésticas.

Todo gira aquí, como una noria, en torno al tema del sexo y sus variantes y sus asuntos afines y sus no siempre deseados productos (de nuevo, un certero título de lo que amenaza convertirse en una enciclopedia).

No obstante, el agua que alimenta esta rueda loca (agua que no has de beber, envenénala) es el humor, humor a rodos que atempera el morbo del más avieso lector. Sexo y humor se complementan magníficamente en la pluma traviesa de JJS.

Pero como la carga es pesada (191 páginas de incesantes retruécanos), JJS ha debido inventarse un chivo expiatorio: un estudiante nariñense que para optar al título de ginecólogo escribe una tesis intitulada “Sobre las posibles causas del embarazo”.

El genio de marras, llamado Abelardo, o Apeltardo, o Apetardo, o Abelfardo, o Abel, hace gala de una infinita erudición y navega con notable pericia por los meandros de la sexualidad humana.

La exploración de Abeltardo comprende diversas instancias de ese oscuro objeto del deseo y llega incluso a penetrar en el brumoso estrato de la psiquis colectiva.

Abelfardo, áter ego de JJS, se balancea sobre la cuerda floja de un tema siempre resbaladizo. Pero la red salvadora del ingenio lo libra de caer en esa olla de la chabacanería y del chiste resabido. André Breton decía que el verdadero humor no era el deliberado de los humoristas profesionales, sino el imprevisto, el casual, el que surgía espontáneamente al socaire de una situación absurda.

JJS, *barman* refinado, sabe preparar la pócima. Su atinada retórica, sus múltiples voces populares, sus dotes de eximio escritor están aquí al servicio de una causa que quisié-

ramos llamar noble, como lo formula en esta frase central del libro en cuestión: “La porción sensata de la humanidad, una ínfima minoría, se ha rebelado contra el sufrimiento, y la superación de éste debe ser uno de los objetivos más urgentes de la humanidad. Tenemos la obligación de ser felices y las palmaditas nos pueden servir, como al recién nacido, para despertar”.

El libro aborda todas las fases de ese ritual que ha propagado la especie humana: el juego del galanteo, los avances del Casanova y la vampiresa, la búsqueda frenética del tálamo (catre entre nosotros), el epitalamio propiamente dicho, los distintos métodos para divertirse sin reproducirse, la posible falla de estos métodos, la opción de un método infalible aplicado a los guardias del harén o a los tenores castratis del barroco temprano, la embarazosa preñez, la formación intrauterina del pequeño advenedizo que con el tiempo se convertirá en el burócrata de turno.

El jocundo ensayo de JJS aborda así mismo las fases del puerperio, la crianza, la adolescencia (ciertamente una dolencia), de la “insurgencia” del sexo, del ineluctable declive y del climaterio, edad dorada llena de posibilidades.

El futuro facultativo pastuso, mampara del altivo letrado payanés, toca también el tema del placer como causal suprema de las acciones humanas. Ya lo advertimos, se trata de una noria que gira y gira sobre el pozo de la dicha. El erotismo es aceptado aquí como vicio o compulsión, o como función humana, demasiado humana.

JJS y su carnal Abelardo escudriñan ese útero social llamado familia, sesudo tema en el que no nos detendremos para pasar al más problemático de los románticos fornicadores escindidos por el predicamento financiero: “los que viven en la miseria se llenan de hijos y como se llenan de hijos viven en la miseria”, sentencia el docto pastuso.

Otro de los capítulos versa sobre la salud de la gestante y del retoño. Aquí ambos, los autores del libro, pontifican sobre los perniciosos efectos del tabaco, mortal para el pecho. A lo hecho, pecho; y pasemos al tema